

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, enero de 1952

Núm. 995

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

El "adiós" de Jesús a Nazaret

José ha muerto. Jesús le ha cerrado amorosamente los ojos, y María se ha despedido de él "hasta luego" con el último beso que en la tierra le diera. Su cuerpo reposa ya en el cementerio de Nazaret. Su alma espera en el Limbo de los Justos a que Jesús Resucitado le introduzca en el Cielo, donde volverá a darle el dulce nombre de padre.

Jesús y María se han quedado solos. La casa chiquita pareceles grande y vacía. Jesús trabaja ahora solo en el taller. Para consolar a su Madre le abre, más que antes, su Corazón divino, lleno de ternura y misterios. En los plácidos atardeceres palestinos, después del trabajo abrumador del día, y sentados uno junto al otro, Madre e Hijo platican de «él», de José, y una intimidad grave y dulcísima funde en uno aquellos dos corazones immaculados que todo lo refieren al Padre Celestial. ¡Qué conversaciones, qué oraciones, qué alegría, qué paz, qué amor! Aquello era el cielo anticipado en la tierra.

Pero llegó el día en que el Hijo del Carpintero hubo de decir un «adiós» a todo eso.

Una tarde, al final de una cena prolongada en que se había mostrado con su madre más expansivo y cariñoso que nunca, Jesús dijo:

—Madre, ha llegado la hora de que me vaya a dar a conocer al Padre.

—¿Y cuándo empezarás, Hijo mío?

—Mañana mismo.

María calla y se recoge. Presentía ella hacía ya tiempo que la manifestación de Jesús se acercaba. Las cosas que había oído decir de su sobrino Juan el Bautista fueron el primer anuncio. Por eso fué fortificándose por la oración para la hora angustiosa de la separación. Así hacen las buenas madres con respecto a sus hijos: adivinan; callan y esperan, temiendo únicamente ser un obstáculo a los designios de Dios sobre sus hijos.

María es toda para Jesús y su misión.

Por eso acepta y adora sin restricciones la voluntad divina, repitiendo de nuevo el «hágase en mí según tu palabra.»

También Jesús guarda silencio. Su Humanidad santísima se halla profundamente conmovida. Salir de Nazaret es separarse de aquellos parajes amados y familiares donde corrieron los años felices de su infancia y que llevará ya de por vida como estereotipados en el alma; es abandonar la dulce casita, relicario de los más caros recuerdos. Es dejar aquellos sencillos muebles que El mismo hiciera con San José y los objetos caseros, testigos de aquellos años de dulce retiro. Salir de Nazaret es abandonar algo infinitamente más amado que todas esas cosas: ¡Su santa Madre, viuda y sin más hijos! y la plácida, noble, santísima alegría que en unión con ella gozaba.

—Madre,—volvió de nuevo a decir Jesús—esta tarde he hablado con Cleofás, nuestro pariente. En su casa hallarás durante mi ausencia sustento material y cariño sincero. Allí te mostrarán el afecto que yo no podré manifestarte ya. Tengo que ir a ocuparme en las cosas de mi Padre.

Y María asiente, tranquiliza a su Hijo y le agradece la atención y las providencias que ha tomado.

Una santa tristeza invade aquellos dos corazones amantísimos. Pero las voluntades rebotaban energía y generosidad. Sabrán cumplir sus respectivos deberes. Jesús irá derecho y decidido a donde el Padre celestial le llama. María no intentará guardar egoístamente para sí a aquel Hijo que quiere darse al mundo y a las almas.

Mañana fresca oriental. El sol dora ya las casitas más empinadas de Nazaret. El aire que se respira está cargado de esencias de azahar. El pueblo despierta. Las puertas de las casas se abren. El trajín diario comienza. Fuera de unas cuantas personas, nadie sospecha siquiera el gran acontecimiento del día; lo que hoy pierde la aldea. Jesús el carpintero, aquel joven tan santo, robusto y hermoso, el simpático amigo y hábil menestral abandona hoy Nazaret. Su madre le acompaña hasta las afueras del pueblo. La mujer fuerte dale allí su abrazo y beso de despedida diciéndole:

—Vete, Hijo mío, vete a donde el

Padre te llama; siembra la verdad; multiplica tus beneficios sobre nuestro pueblo; haz el bien; cumple tu papel de divino Redentor del mundo; que para eso te di a luz. En tu pesada e ingrata tarea, mi corazón te seguirá por donde quiera que vayas.

—Adiós, Madre, adiós—añade Jesús arrancándose de los dulces brazos de su santa Madre y echando a andar en busca de... almas.

¡Qué consuelo para El, cuando al verse más tarde acechado por la persecución de sus malévolos enemigos, se acuerda de la fidelidad y del amor de su madre! ¡Qué alientos no ha de darle en su difícil empresa verse envuelto en la mirada y en el purísimo y tierno amor de aquel corazón immaculado!

María, inmóvil y reteniendo las lágrimas, contempla al Hijo que se aleja. ¡Qué sola se queda! Ya no gozará de la presencia de aquel Hijo tan amante y tan amado. Y Este, en vez de hallarse rodeado de la protección y cariño de su madre, será objeto de la contradicción y persecución de enemigos poderosos y crueles.

¡Qué sola se queda la Virgen! ¡Cuánto va a echar de menos aquellas comidas y atardeceres y sábados pasados en la más santa intimidad y aquellos ratos de trabajo en el taller con su Jesús! ¡Fiat!, exclama sin embargo. ¡Qué generosidad y qué amor! ¡Qué bien merece el título de «Reina de los Apóstoles»!

Jesús abandonaba Nazaret para cumplir la misión que se le había confiado.

F. M.

Los Reyes prisioneros

La caravana caminaba silenciosa a través de las sombras de la noche.

Los camellos no podían ya con la carga. Las alforjas, repletas, dejaban asomar la cabeza de una muñeca, las piernas de un polichinela, las almenas de una fortaleza de cartón, las patas de un caballo de madera, el cañón de hojalata de un fusil.

El rey Melchor, dirigiéndose a sus compañeros, exclamó: No veo la estrella...

Gaspar contestó: Quizá hayamos equivocado el camino. Encuentro el paisaje cambiado. Aquí, los otros años, había un pueblecito muy lindo... Ahora me parece

haber visto solamente un montón de ruinas. Los árboles semejan esqueletos; no tienen hoja y sus ramas cuelgan desgajadas...

De pronto dijo Baltasar: ¡La estrella!

En efecto, allá arriba percibíase un punto móvil que se iba acercando...

Pero aquel punto, agrandándose, agrandándose se transformó en una especie de pájaro inmenso, que al volar dejaba oír un susurro como una carraca...

De aquel pájaro no salía ningún resplandor.

De improviso se iluminó con una ráfaga brillantísima que no se parecía a la suave luz de las estrellas; oyóse una detonación... y en medio de la caravana estalló una bomba, que mató a un camello y a dos pajes.

—¡Qué barbaridad!—exclamaron consternados los tres Reyes de Oriente.

Y con rápido paso se alejaron de aquel lugar.

No habían caminado gran trecho, cuando toda la caravana se vió acometida por un buen golpe de soldados, que en un abrir y cerrar de ojos se apoderaron de hombres y acémilas.

—¿Quiénes sois?—les preguntó en extraño idioma, uno que parecía ser oficial.

Los Reyes, que comprenden todas las lenguas, contestaron: Venimos en busca de un Niño recién nacido...

—Aquí no nace nadie; aquí todos mueren—replicó destempladamente el oficial.

—¿Cómo? ¿No sabéis que ha nacido un Niño, que ha venido a traer paz en la tierra, a los hombres de buena voluntad?

—¿Quién habla de paz?—replicó otro oficial saliendo de una excavación practicada en el suelo.—No queremos paz hasta haber destruido a todos nuestros enemigos... Vosotros ¿quiénes sois?

—No sabemos de qué nos habláis. Buscamos al Rey que ha nacido, para adorarle y ofrecerle nuestros presentes.

—¿Es rey de una nación beligerante o neutral?

—Repetimos que no entendemos vuestras palabras.

—De seguro sois unos espías. ¡A ver! Que se les registre inmediatamente...

Y una turba de soldados se precipitaron sobre los personajes, y los desvalijaron en un instante.

—Este trae dinero...

—Bueno; queda confiscado para el empréstito de guerra.

—Estos otros, una pasta y unos polvos...

—Deben ser para fabricar gases asfixiantes; confiscados también...

—Y el oro, el incienso y la mirra de los Reyes, pasaron a aumentar el botín de guerra.

—¿Qué hay en sus camellos?

—Armas y municiones—dijo un soldado mostrando un sable de hojalata y un trozo de mazapán.

—¡Contrabando de guerra! ¡Bien decía yo que estos sujetos no me olían a cosa buena! ¡Como que son la avanzada de un cuerpo de ejército que acude en ayuda de nuestros enemigos! ¡Enseguida al campo de concentración!...

Y los pobres Reyes, con todo su séquito han pasado a aumentar el contingente de prisioneros, y pronto se les empleará en abrir trincheras...

Los periódicos dieron al otro día la siguiente noticia:

«... 5 enero. Durante la pasada noche, ha querido introducirse subrepticamente en nuestro campo, con el fingido pretexto de que eran personajes de Oriente que buscaban a un Niño recién nacido, un numeroso grupo de gente armada, que conducía un convoy de armas y municiones. Los hemos hecho prisioneros a todos, evitando el golpe de mano que tramaban. Entre los objetos apresados, figuran cañoncitos y barquichuelos, cuya verdadera utilidad no puede precisarse, dadas las dimensiones. Se enviarán a una comisión técnica, para que los estudie y emita dictamen.

N. de la R.

No obstante lo expuesto, los tres queridos Personajes deben haberse escapado con armas y bagajes valiéndose de sus mágicos procedimientos, cuando la grey infantil recibió este año a su tiempo los acostumbrados juguetes.

La última lectura de MUSOLINI

Por Giuseppe Recciotti

Del episodio, verdaderamente, se habló ya; quizá demasiado, dada su poca importancia. De todos modos no será inoportuno volver sobre él de nuevo para encuadrarlo como es debido y disipar falsos rumores.

Al ser arrestado Mussolini el 25 de Julio de 1.943, se le envió provisionalmente al cuartel de los Allievi Carabinieri de Roma; en realidad allí no estuvo más que un par de días, porque en la tarde del 27 fué trasladado a la isla de Ponza. En aquellos dos días transcurridos en el cuartel envió a buscar a su domicilio—villa Torlonia—unas cuantas cosas de las que más le urgían, entre ellas mi obra *Vita di Gesù Cristo*, que por entonces estaba él leyendo y de la que había llegado casi a la mitad. Cómo tuvo Mussolini noticia de mi libro, no lo sé; probablemente le fué señalado por alguno de sus colaboradores, porque en aquella época la obra andaba por el vigésimoquinto millar, y pasando por las manos de todos, atrajo la atención de los dirigentes fascistas también.

El efecto fué inesperado, porque una vez que empezó a leer el libro, Mussolini ya no lo dejó, ni aun en las turbulentas vicisitudes de finales de aquel mes de Julio y tras el desplome del 25. Y lo terminó en la forzosa ociosidad de Ponza, el 3 o el 4 de Agosto.

Este interés—realmente espontáneo y no teatral como en otros casos—que Mussolini mostró por un libro estrictamente históricorreligioso, puede sorprender, pues todos saben que él no tuvo profundos sentimientos religiosos ni sería cultura histórica. Pero a resolver el problema nos ayudan algunas noticias suministradas por personas que estuvieron a su lado por aquellos días. El doctor Di Lorenzo, teniente de los carabinieri en-

cargados de la custodia personal del prisionero y que le acompañaba en sus cotidianos paseos junto al mar, tuvo más tarde la gentileza de acudir a mí para informarme de sus coloquios con Mussolini. En esos coloquios, el prisionero volvió más veces sobre el argumento de la obra, emitiendo juicios de género vario y siempre favorables; sin embargo, en una ocasión terminó la charla diciendo: «En verdad no puede dudarse de la existencia histórica de Jesucristo; pero para llegar a considerarle Dios es necesaria la fe» Este juicio es, en realidad, menos extraño de lo que pueda parecer a primera vista, porque en su primera parte respondía a viejos recuerdos personales de Mussolini.

No todos saben, acaso, que en su lejana juventud—cuando era fogoso propagandista del socialismo y del ateísmo—había publicado un opúsculo titulado *¡Dios no existe!*, en el que, entre otras cosas, se lee este periodo: Cristo, muy probablemente, no ha existido nunca, o bien, si existió, fué un hombre pequeño y mezquino.» El recuerdo de esta tesis, sostenida cuarenta años antes había permanecido en la mente del autor, y precisamente a ella quería secretamente responder la primera parte del nuevo juicio, tras la reciente lectura. Mussolini, luego se vió tan conquistado por el asunto del libro, que pareció olvidar por cierto tiempo la trágica situación en que se hallaba, se concentró en cuestiones históricas del origen del Cristianismo y expresó asimismo al teniente Di Lorenzo el deseo de que yo publicara también un trabajo análogo sobre San Pablo, como continuación de la *Vita di Gesù Cristo*. Por una vez, el pensamiento de Mussolini concordó con el mío, ya que precisamente por aquel tiempo empezaba yo mi *Paolo Apostolo*.

Terminada la lectura, el ejemplar del libro—que, según costumbre de Mussolini, había sufrido gran cantidad de subrayados, llamadas, apostillas, etc.—fué enviado por él como regalo al párroco de Ponza el día 5 de agosto, junto con una oferta de dinero y una carta que, además de rogarle celebrase una misa en sufragio de su hijo Bruno de quien dos días después era el segundo aniversario de su muerte, presentaba mi libro.

Esa carta fué muy pronto reproducida en periódicos y revistas, y no estoy dispuesto a reproducirla aquí una vez más, en parte también a causa de las alabanzas ampulosas y desafortunadas que contiene. (Dice, por ejemplo, que «con la obra de Ricciotti, Italia alcanza quizá otra primacía.» Naturalmente, muchísima gente recurrió a mí para noticias varias o para ver el libro apostillado por Mussolini. Después de llegar las tropas aliadas a Roma, vinieron a mí hasta los ingleses (creo que serían miembros del Intelligence Service rogándome les mostrara carta y libro; pero yo no tenía ni una ni otro, y visto que por entonces el volumen estaba agotado, tomaron a préstamo uno de mis ejemplares para enviarlo a examinar a Londres. Supe luego que Mussolini había vuelto a hablar del libro en una obra suya publicada en el Norte durante el período republicano, en respuesta a Churchill, y de ahí que en Londres quisieran informarse.

Habiendo sido liberado y trasladado al Norte, Mussolini se procuró otro ejemplar del libro, apostillándolo ciertamente, según tenía por hábito; pero sobre esto no tengo noticia particular. En el primer ejemplar, las partes más provistas de señales son, sobre todo, las del principio, donde hablo de la política de benevolencia empleada por Roma para con los judíos, y hacia el fin, donde trato del arresto y el proceso de Jesús. En la política de Roma, Mussolini veía una desmentida a su propia política, y el arresto de Jesús un fiel espejo de su propia situación. La primera parte estaba apostillada en Roma, cuando él estaba todavía en el gobierno; la segunda, en Ponza, cuando se hallaba prisionero. En esta segunda parte, allí donde yo digo que los enemigos de Jesús, para arruinarle, le habían presentado como un vulgar agitador, Mussolini anotó al margen: «Por desdicha, es verdad.» Palabras bien claras, referidas a quien las escribía.

Camino de la ruina junto con Italia, Mussolini no se daba cuenta de que la Providencia le había enviado aquel libro, no ya para que en él anotase sus últimas reflexiones de hombre político, sino para que proveyera a lo único que habría de quedar de él, o sea, a su alma. ¡Cuánto mejor hubiera hecho en apostillar las palabras del Buen Ladrón, que muere al lado de Jesús! Pero la bondad divina es inmensa; acaso, pocos meses después, cuando recibió la descarga homicida, se habrá acordado—en último relámpago fugaz—de las palabras de aquel moribundo: «¡Jesús, acuérdate de mí!...»

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

La vida de Jesús de Nazaret, en los primeros tiempos nada tuvo de extraordinaria.

Juegos infantiles, aprender de sus padres la Ley y las primeras letras, jugar con los niños de su edad, acompañar a sus padres; y así hasta la edad de doce años en que hace la primera manifestación de su origen divino.

La vida corriente del hogar cristiano invadía todas sus actividades.

Jesús de Nazaret y sus padres vivían la santa vida de una familia sin que nada extraordinario ocurriese que indicara su misión divina.

No es preciso hacer cosas extraordinarias para vivir de acuerdo con las normas de la vida cristiana.

En la monótona normalidad de todos los días, en el cumplimiento diario de nuestra labor, cumpliendo con nuestras obligaciones profesionales, atendiendo el hogar en sus principios de orden y de moral, vigilando las actividades de nuestros hijos, dedicando a Dios algunos momentos en el día y haciendo todas las cosas corrientes como El manda y que nuestra conciencia cristiana nos dicta, habremos reflejado la vida cristiana de aquel

hogar de Nazaret, en el que unos seres extraordinarios que nada hacían de extraordinario para vivir como debe de vivir un hogar presidido por Dios

De la mañana a la noche, todas nuestras actividades, pueden estar de acuerdo con lo que Dios manda, si las hacemos bien y en todas ponemos nuestra buena voluntad y el servicio de Dios.

Tal vez nos parezca absurdo que en el ejercicio de nuestra profesión podamos servirle; pero como ese ejercicio profesional, forma parte de nuestros deberes sagrados, si lo hacemos honradamente y de acuerdo con nuestras convicciones católicas, todo será como un homenaje a Dios que El tendrá que premiar en la forma que El sabe hacerlo.

El trabajo es duro, a veces excesivo; es carga pesada que nos cuesta llevar pacientemente; pero El ve nuestra buena voluntad, nuestro afán de cumplir con el deber, nuestro deseo de agradarle y eso debe de mitigar nuestra fatiga y nuestro cansancio.

Después.. el hogar exige nuestra atención. Los hijos requieren que los padres se ocupen de ellos, oír sus infantiles preocupaciones, que para ellos son lo más importante que les preocupa. Y hay que oírles, ayudarles a resolver sus problemas de toda índole, consolarles en sus preocupaciones, orientarles en sus incertidumbres e ir poco a poco sembrando en su corazón el amor y la fe que les fortalezca y les haga felices en la vida que para ellos empieza.

Y los esposos, entre sí, ayudándose mutuamente y consolándose también, cuando uno de los dos desfallezca, ¡que nada tan consolador como las palabras de cariño de los seres amados!

Y así.. todos los días. Sin importancia. Sin actos heroicos destacados. Sin hechos extraordinarios. Con la monotonía de quien cree que nada hace, pero que construye con sólidos cimientos aquel hogar cristiano.

Cuando nos presentemos ante Dios al final de la jornada, El nos revelará la importancia extraordinaria de lo que creíamos sin trascendencia y sin mérito ninguno a los ojos de Dios.

En la familia de Nazaret, nada ocurrió de importancia hasta que Jesús cumplió los doce años.

R.

ETERNA CANCION

Una noche mi hermana y yo estábamos sentadas frente a la chimenea leyendo en voz alta fragmentos de las cartas que nos habían escrito nuestros respectivos novios. Papá se esforzaba por parecer absorto en la lectura de su periódico, pero al fin estalló:

—¡Por amor de Dios, no me fastidien más con esas tonterías! Al oír aquello, mamá puso a un lado su tejido y salió en

silencio del cuarto haciéndonos señas para que la siguiéramos. Cuando todas tres regresamos, mi hermana y yo dijimos a papá, quien aún estaba renegando en voz baja contra la actual generación, que le faltaba oír lo peor. Acto seguido mi hermana empezó a leer una carta tan llena de almibarado y cursi sentimiento que eclipsaba a todas las demás.

—¡Nunca jamás en mi vida había oído yo semejantes sandeces!—gritó papá—¡Te prohíbo terminantemente que contestes esa carta!

Después que hubo rabiado un rato, le mostramos la carta. Estaba fechada el primero de junio de 1915, dirigida a mamá, y firmada... ¡por papá!

SAULO

Una voz le decía
que Saulo no entendía:
Móntate en el caballo
que te lleve a la gloria,
que ya te espera el rayo
de luz de la victoria.

Vete a tierras de fuego
entre matas de abrojos,
que cuando quedés ciego
más han de ver tus ojos.

Saulo, en odio infernal,
oye e interpreta mal,
Creyó que su ceguera
era aquél paroxismo
de rencores, y era
su odio al cristianismo.

Y su joven caballo,
como un potro salvaje,
tan veloz como el rayo
cruzando va el paisaje.

Sin furias de tormenta
un rayo le amedrenta,
le arroja del bridón,
Y del cielo las voces
«Es inútil dar coces,
dicen, sobre aguijón».

Le dió desasosiego
calmando sus enojos
el singular vocablo.
Y Saulo quedó ciego,
al tiempo que sus ojos
hacia Cristo abrió Pablo

Hermenegildo Rodríguez

Comentando

PASARON LOS TRES REYES

Ya pasaron los tres Reyes de Oriente. En su camino hacia Belén, todos los años se acercan a nuestras ventanas a depositar sus obsequios más o menos abundantes. Quieren conmemorar y que conmemoremos aquella fecha en que al dar sus rega-

los al divino Infante, éste los colmó de dones espirituales. Y así es. Todos los años nos visitan, y sus esplendores nos colman de alegría. Somos todos los hombres de buena voluntad unos niños buenos que esperamos su paso con la ilusión de un premio a nuestros mayores o menores méritos.

Yo hablé con ellos. Pero no en la ventana de mi casa, ni en la intimidad de mi alcoba, ni en el exterior de nuestras calles preparadas para su egregio paso. Me recibieron en audiencia, en el mismo portal de Belén. Y es que todos los años nuestras iglesias, por este tiempo, se transforman en el portal de Belén, y allí baja, nace, se podría decir, de nuevo el Niño Jesús en la misa de Nochebuena, y reparte entre los que, como aquellos pastores, acudimos a su cueva a agasajarle, sus dones y la eterna sonrisa de sus labios.

Y me acerqué a su cueva el día de Reyes. Y el divino Infante me los presentó. ¡Qué distintos son de los que en nuestra mente nos los figuramos! Sus frentes coronadas, no lo están con oro y pedrería. Están con nimbos de luz celestial, y en sus manos resplandecen los brillantes ob-

sequios que en honor del recién nacido Hijo de Dios quieren hacernos. ¡Qué distintos, también, estos obsequios a los que esperamos con disipada fe, con grande esperanza y quizás con escasa caridad!

Sus juguetes no son juguetes. Sus golosinas sí lo son, pero no de las que por ser de fabricación mundana empalagan e indigestan. Sus otros objetos nada tienen de trascendencia mundana y de utilidad física. Abren ante mis ojos atónitos el cofre de sus esplendores y vemos el brillo relumbrante de las más altas y preciadas virtudes. De los más sabrosos coloquios espirituales. De las más acendradas emociones. De los mayores pesares. De la más esclarecida paciencia. De la mayor resignación.

Estos son los ofrecimientos de los Santos Reyes. ¿Pero es posible que siendo reyes nos vengan a ofrecer estas cosas? ¿Es posible que haciéndolo en honor al Niño Jesús nos ofrezcan padecimientos y miserias ellos que son reyes?

Meditemos estas cosas en el interior de nuestras conciencias. Yo, al menos, así lo hice y llegué a la convicción de su acierto y de nuestra equivocación. Son ellos los acertados y los dadivosos. Ante la pobreza

del pesebre, y ante las miserias del mundo, esos son los tesoros inestimables que el cielo nos brinda. Son pagará a corto plazo, que se nos harán efectivos el día de la definitiva liberación.

Allí es donde vale esta moneda, y donde son apreciados estos obsequios, y no aquí en la tierra que no deja de ser un valle de lágrimas.

Y salí de la regia audiencia con la conciencia tranquila, el contento en el alma y la sonrisa en los labios. Como al Niño Jesús, los Santos Reyes me habían obsequiado con oro, incienso y mirra.

HERO.

Almacenes

Covadonga, 27
esquina al Parque Infantil
Teléfono 18-17

Materiales
de
Construcción

GIJON

Planchas ACANALADAS
de CUBRICION
Almacenes ARBUES

Covadonga, 27 - GIJON

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado



José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias



Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para la obra de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo de tuberculosis de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)